



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Ayer y hoy.—El amor propio; poesía.—La verdadera virtud.—A. C.; poesía.—Magdalena.—Modas.—Esplícación del figurín.—Máximas y pensamientos.

AYER Y HOY,

POR

DON EUSTAQUIO PEREZ DE LA CUESTA.

(Conclusion.)

- ¡Ira de Dios!
- Verdad, —dijo roncamente Juan, apareciendo detrás de la tumba;—se los han robado.
- Padre, ¿no me abrazais?... —
- Mis canas están manchadas: yo no abrazaré á mi hijo hasta lavar mi deshonor.
- ¡Su deshonor!... ¡Este hombre delira, quiere trastornarme el juicio!... ¡Ah, qué luz!
- ¿Por qué no veo á Consuelo entre vosotros?
- Consuelo, —dijeron Juan y Magdalena á la vez, —Consuelo ha muerto para nosotros.
- ¿Ha muerto?

—Sí: está en el palacio del señor.

—¡En el palacio!... ¡Oh rabia!... Padre, yo lavaré tu deshonor con la sangre de ese monstruo.

Juan y Magdalena lanzaron un grito de alegría.

El soldado partió.

Y llegó al palacio.

Y al penetrar por las vastas crugias de aquel gótico edificio, le suspendió el eco de una voz suave, pura, como el júbilo de un arpa, que partía del agimez de un torreón de granito.

—¡Es ella, ella! —dijo el soldado conmovido ante el acento de aquella poesía divina, más dulce que la armonía de la lluvia que bate el sáuce del río en un día primaveral:— ¡ella, infeliz!

El soldado se apoyó contra una columna de dorados artesones, y por un instante se detuvo á escuchar aquella música que se deslizaba sobre su alma, como un rocío de consuelo, como una balada de paz.

La desconocida entonaba la siguiente canción:

Luna serena,
oye mi pena,
mi acento de dolor;
soy la amapola,
huérfana y sola,
marchita en los jardines del señor.

—
Perdí á mi padre,
perdí á mi madre.
Perdí la luz...
y entre cadenas
canto mis penas,
y busco tristemente un ataud.

—
Sola me miro;
y aquí suspiro,
sin aire, sin calor...
Que los perfumes de mi edad bendita,
en una hora maldita
¡agostaron los brazos del señor!
¡Ay del señor!

¡Ah! Del señor... siempre el señor... el señor, dueño de la hacienda, de la sangre, de la honra. ¡Maldición!... ¡El pechero también tiene honra! Veremos qué cuenta le dá de ella el altivo infanzon.

Y diciendo esto, se dirigió á la torre y penetró en una cámara deslumbrante de oro y seda.

En aquella cámara había una mujer.

Aquella mujer oraba ante el altar de la Virgen.

Cuando vió al soldado, se irguió como la palmera doblada por el huracán, y se dirigió á él con los brazos abiertos exclamando:

—¡Hermano mio, hermano mio!...

—No te conozco, —la dijo;— ese traje, esa púrpura... esas flores no pertenecen á mi hermana. Anda, ya no lucirás tu gorguera bordada entre tus amigas; porque ellas son puras. Entre las prostitutas tendrás cabida y morirás sobre un lecho de oprobio.

—¡Hermano!...

—¡Calla, desdichada!... Nuestro destino no está entre los dichosos; ven, huyamos de esta mansion de infamia, ven á llorar tu culpa ínterin te doy venganza.

Y el soldado la arrastró de un brazo hácia la puerta.

En su dintel apareció la figura sombría de un hombre, que con los brazos cruzados gritó sordamente:

—¡Atrás, villano! ¿Qué has venido á hacer en la mansion de tu señor?... De rodillas ó te envío á la picota.

—¡Misericordia! —balbuceó Consuelo interponiéndose como un ángel de caridad entre el noble y el pechero.

—Quien se ha de poner de rodillas eres tú, —dijo el soldado con ira:—tú, ladrón de honras, tú, verdugo social, que te alimentas de sangre humana.

—Insolente... ¡ah! pronto pagarás tu audacia.

—¡Misericordia, misericordia! —decía Consuelo.

—Déjame, —gritó el soldado rechazándola:—silencio; ó te hundo mi daga en el corazón.

—¿A qué has venido, miserable? —replicó el noble rojo de cólera.

—Vengo á matarte: mi ofensa solo se lava con sangre, y tengo derecho á vengarla.

—¡Derecho!... Soy tu señor natural. Mi espada no se puede cruzar con la de un villano.

—Las ofensas de honor no admiten categorías. Si era una villana, ¿por qué la deshonorásteis?

Y el soldado blandió la cuchilla con fiereza.

Entonces, á una señal del infanzon, se precipitaron en la estancia algunos guerreros.

—Matad á ese imbécil, —dijo friamente;—y todos á la vez acometieron al infeliz.

Consuelo, muda como el espectro de la fatalidad, se arrojó en medio de la lucha. El noble la arrastró fuera de la estancia.

—¡Asesinos!... ¡Dios os maldiga! —gritó el soldado, vencido por el número y herido de muerte. —Dios mio, acojed mi alma... Consuelo... padres míos... ¡ah!...

Y espiró.

VII.

¡Pobres padres!

Juan y Magdalena esperaban cerca de la tumba.

—¡Dios mio!... ¡No viene!— dijo la infeliz madre.

—¡No viene!—contestó Juan dolorosamente.

—¡Quizás no vendrá más!

Entonces, de entre el ramaje próximo, salió una figura blanca, diáfana, con los cabellos tendidos: era Consuelo.

—¿Y tu hermano... y tu hermano?—la dijeron á la vez.

—Orad por él. ¡Ha muerto!

—¡Señor! Matadme, matadme;—gritó la pobre madre.

—¿A qué vienes aquí, desdichada?...

—Vengo á buscar una tumba: á llorar con vosotros eternamente... que esa es la existencia que me ha legado un monstruo.

—¡Ah, conque te abandona!...

Y Consuelo mirando al cielo respondió:

—Sí. ¡Dios le juzgará!

—¡Condenacion!—gritó Juan.—Me ha robado la honra. ¡Maldita sea la tiranía!... ¡Quién vengará mi afrenta!...

Y Consuelo, señalando al firmamento, exclamó:

—¡Dios!... ¡Tu afrenta es la de todo el género humano!

.....

Era el siglo XIII.

En el siglo XIX la humanidad camina por esa senda que ha de restablecerla en la plenitud de sus derechos. El hombre *piensa y espera*. También ha de llegar su segunda *redención*.

EUSTAQUIO PEREZ DE LA CUESTA.

Villaluenga, abril de 1863.

EL AMOR PROPIO.

De rosas cercada
Y altiva entre ellas,
Su frente inodora
Levanta la adelfa.

Sus vivos colores
El éuro celebra,
Y ciega de orgullo
La flor se presenta,

«¿Cuál hay de vosotras,
Esclama soberbia,
»Oh flores, que alcance
»Vencerme en belleza?»

Ninguna responde,
Y más altanera,
La misera juzga
De todas ser reina.

Y al ver que á su lado
La blanca azucena,
Gallarda, fragante,
Sus hojas despliega,

«Flor pálida, dice,
»¿Y á mi te presentas?
»¿Nó temes acaso
»Que yo te oscurezca?»

»¿Y osada por dicha
»Tus tallos elevas,
»Sin ver mis colores
»Lucir en tu afrenta?»

»Tu faz torna al suelo,
»Oh misera, y deja
»Que humilde sin verme
»Tus pétalos mueran.»

Calló: su alba frente
Dobló la azucena,
Que siempre en silencio
Sufrió la modestia.

Mas pronto una rosa
Salió á su defensa.
¡Dichoso el que amigos
Tan nobles encuentra!

«¿Qué importa, murmura,
»Que pálida sea
»La flor pudorosa
»Que altiva desprecias,

»Si grata, apacible,
»Contéplase en ella
»De santas virtudes
»El místico emblema;

»Si en alas del viento
»Suavísima llena
»Los anchos espacios
»Su plácida esencia?

»Y tú, flor altiva,

»Tú, mísera adelfa,
»Que más que otra alguna
»Te juzgas perfecta;
»Si hermosa á los ojos
»Tal vez te presentas,
»¿Qué dones reunes
»Que al par te engrandezcan?

»Aromas preciados
»Tus hojas nó encierran,
»Tus tallos amargan,
»Tu aliento envenena....

»¿Y tú de las flores
»Presumes ser reina?
»¡Oh, cuál te envanece
»Tan loca creencia!»

Funesto amor propio,
Tú arrastras, tú ciegas,
De tí el odio nace,
De tí la soberbia.

¡Oh! triste mil veces
Aquel que no enfrena
Los vanos delirios
Que osado despiertas.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

LA VERDADERA VIRTUD.

(Conclusion.)

Las obras de caridad son virtudes que engrandecen el alma y satisfacen la conciencia.

No hay ser que no se tenga en algo despues de ejecutar una accion piadosa, ni criatura por estúpida que sea, que no se humille y considere despreciable al faltar á alguno de los deberes que impone la religion.

La caridad y la virtud son sinónimos. Ambas son la antorcha que ha de guiarnos á la senda de la gloria y la felicidad.

La virtud vive casi siempre oscurecida, humilde y pobre, porque no gusta de holocaustos, grandezas ni adulaciones.

¿No os encanta la sencillez de un hogar, donde se trabaja y reza, y se pide al Señor por los culpables?

¿Nada más solemne y grande que un anciano, encorvado por los afanes y los años, al frente

de una familia á quien enseña á orar y á amar á Dios sobre todas las cosas!

¿Cómo entenece y conmueve la balbuciente oracion de este decano del tiempo, que despues de beber quizá todas las amarguras que ofrece el mundo, se refugia en los brazos de la religion y muere en ellos, rodeado de sus buenos hijos, que bendice al morir, para que viva con ellos la fé que le lleva al cielo!

El niño aprende las virtudes ó los vicios, desde que empieza á comprender á los que le rodean.

Enseñadle á amar lo bueno; porque en vuestra conciencia llevareis lo que él llegue á ser mañana.

Sobre todo la mujer, ese sér desválido y tierno, á quien conducís al mal para escarnecer más tarde su triste condicion.

La mujer, á quien debeis tanto y pagais tan poco.

De ella se puede hacer el germen de todo lo grande en la tierra para que despues forme los corazones de sus hijos, siendo dechado de virtudes y abnegacion sin límites.

Rara vez buskais la virtud; porque caminais tras del oro. Con él se oscurece vuestra inteligencia, porque os dormís entre placeres, y el que duerme, nunca llega á tiempo de enjugar una lágrima, ni sofocar un gemido.

La molicie embota la piedad y oscurece la inteligencia.

Si no procurais presenciar escenas que conmuevan, se irá endureciendo vuestro corazon, como la piedra de una roca, que jamás secundó un arroyuelo.

Los cuadros de la desgracia son los resortes que prueban si somos dignos de Dios.

Cuando veais un rostro que no se conmueve con la amargura ajena, rogad al Eterno por el alma que encierra aquella máquina paralizada.

El que no sabe sentir, no puede gozar.

El estado de la indiferencia es la muerte del cuerpo y la dejacion del espíritu.

La riqueza escesiva conduce al estoicismo muchas veces; la pobreza, por estrema que sea, acerca más y más á Dios.

Siempre recuerdo con una mezcla de dolor y

piedad una escena que ví de niña y que no se borra jamás de mi mente.

Era una pobre mujer, que llevaba un niño casi desnudo entre sus brazos; pero que se notaba le quería mucho y debía ser su hijo, porque derramaba lágrimas sobre su infantil rostro, y le estrechaba contra su corazón, como si temiera que alguien se lo arrebatase.

Le quería abrigar con esmero y no tenía siquiera un pedazo de tosca tela con que envolverle, pero sus brazos suplían esta falta y procuraba con ellos aminorar el aire que venía á herir al adorado hijo de sus entrañas.

Esta mujer pedía limosna, mostrando con orgullo aquella prenda de su amor.

Se acercó á un caballero: yo era muy niña, muy niña y recuerdo perfectamente aquella fisonomía fría é inalterable, que no se dignó mirar siquiera hácia el lado donde hablaba la voz de una madre que pedía alimento para su hijo.

Muchas veces elevó su acento aquella desventurada, siempre humilde, siempre llorosa, y sin embargo el caballero, no oía, no veía, no sentía nada; mas oía, veía y sentía; pero era enfado, tedio, ira, indignación, menosprecio; pues al fin volvió el rostro diciendo:—¡Idos! ¡perdonad por Dios ó por el diablo!

La pobre mujer hizo la señal de la cruz en su rostro y en su pecho, y oprimiendo más tiernamente todavía á su hijo, se marchó sin replicar ahogando sollozos, porque quizá compadecía en su interior la indiferencia y la soberbia de aquel hombre estóico y cruel.

Yo seguí con la vista á aquella infeliz, y ví desde lejos que una piadosa señora la daba algunas monedas, mirándola con ternura.

Las imaginaciones de los niños discernen á su modo, y yo dije al ver las dos escenas:

—Este hombre no tendrá hijos, ni amigos que recen por él, y aquella buena señora se llevará las bendiciones de todos. ¡Qué hermoso es hacer bien!

Pero si nuestra fortuna no nos permite hacerlo, ¿no es también una virtud prestar palabras de consuelo al que nos implora, y aliviar sus males y compartir sus penas y aconsejarle la resignación y la fé?

La hermana de la Caridad, que vela junto al lecho mortuario, que cura al herido, que cuida al hijo de la desgracia, que ampara al que sufre y le asiste y hace oración por su alma, ¿no es tan grande ó más todavía que el que ofrece su oro á los asilos y á los hospitales?

Todos podemos y debemos hacer bien, si hay en nuestro pecho suficientes virtudes para ello.

Así es que el que entienda que la virtud es solamente un escudo del honor, se engaña.

El sofocar las pasiones es una parte de virtud; pero el practicar las buenas obras que la religión y la conciencia nos ordena, es lo único que puede acercarnos á Dios.

No olviden esto los que se creen con derecho á que se les juzgue como modelo de virtudes, no poseyendo acaso las principales dotes, que son la piedad, el amor al prójimo y la fraternidad con sus semejantes.

ROGELIA LEON.

A C...

Bendita siempre seas, la de rasgados ojos,
Entre la inmunda escoria, la rozagante flor;
Tú eres la luz de un triste que ciego va entre
(abrojos,
Tú en las tinieblas densas su faro bienhechor.

Pasad, negros fantasmas, que me robais la
(calma,
Cruzad, sombras malditas, que me escuchais
(gemir,
¡Es ella!.. ¡Como el cielo de límpida es su alma
Como el reir de un ángel su cándido reir!

Y es pura, como concha sobre celeste lampo,
Como el venero virgen de místico raudal,
Y es tan blanca su frente cual de la nieve el
(ampo,
Cual lumínar de plata con diáfano cendal.

¿Te acuerdas?... ¡Oh! ¿te acuerdas del placer—
(tero día
En que hasta Dios se alzaban los sueños de
(los dos?
Los ángeles al vernos lloraban de alegría,
Y desde la alma altura nos sonreía Dios.

Y allá en la parda sombra de la feráz palmera,
Cuando en tranquila tarde su frente alza el abril

Cien veces yo adoraba tu riza cabellera
Tu continente esbelto, tu espléndido perfil.

—
Despues... ¡atroz recuerdo cuya impiedad me
(espanta!
Hacia el Calvario lúgubre con paso errante fui,
Y anduvo sobre espinas mi ensangrentada planta,
Y mi bautismo en lágrimas, como hombre recibí.

—
Y en vano en sorda pena verti el llanto in-
(fecundo,
Y en vano suspiraba por mi perdido Eden;
Que hallé insolente befa en la piedad del mundo,
Y escarnios que abrasaron mi dolorida sien.

—
Más tarde arrebatado por rauda remolino,
Quizá en el negro fango se hundió mi corazon,
Y de la estéril vida rodé en el torbellino,
Como la arista seca que arrastra el aquilon.

—
Pero ¡ay! segundo Tántalo á la marmórea roca
Mi espíritu aterrado con bárbaro dogal,
No halló una gota de agua, y en su impotencia loca
Por llanto vertió sangre con estupor letal.

—
De vuelta del martirio, el alma casi yerta,
Los ojos abrasados, segunda vez te hallé,
Y recibí la lumbre de mi esperanza muerta
Y se encendió la estela de mi apagada fé.

—
¡Milagro providente!—Por ti volví á la vida.
Por ti latió mi pecho, por ti volvió á soñar;
Tu amor cerró en mi alma la cancerosa herida
Y á Dios por ti mi frente volvióse á levantar.

.....
Por eso al bendecirte el que pisó entre abrojos
Te jura entusiasmado, galano querubin,
Que tú serás el cielo, la gloria de sus ojos,
Que en el mezquino mundo su amor no tendrá fin.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

20 de mayo 1863.

MAGDALENA.

I.

Un hombre de una treintena de años, de fisonomía simpática, y un exterior lleno de distinción, llamaba á la puerta de un *hótel* situado en

la calle de la Beneficencia. Habitaba en él monsieur Mercier, antiguo alquilador de carruajes, y entonces propietario de 24,000 francos de renta. El visitante tenia cita con Mr. Mercier. Debían ir juntos al bosque de Boulogne, á examinar el jardin de aclimatacion.

Simona, primera sirvienta del *hótel*, salió apresuradamente al encuentro del jóven.

—¡Ah! señor conde, —esclamó. — Mi amo os suplica le perdoneis; le ha sido forzoso salir, pero volverá dentro de una hora. ¿Si el señor conde quisiera tener la bondad de esperarle?

—Ciertamente, Simona. ¿Y cómo está la señorita Magdalena?

—Perfectamente, caballero.

Mlle. Magdalena era hija única de Mr. Mercier, y Simona, que largo tiempo habia llenado para ella las funciones de madre, la amaba con una especie de idolatría. Desgraciadamente el buen juicio de la fiel doncella no igualaba á su abnegacion, así es que acostumbrando á Magdalena á la lisonja, la habia vuelto personal, burlona, é insoportable por su vanidad.

Por su parte Mr. Mercier no se mostraba mucho más razonable con respecto á su hija, que le parecia dotada de todas las perfecciones. Su misma tia, Mme. Louvet, rica comerciante de la calle de Saint-Denis, retirada ya habia tiempo de su profesion, participaba de esta preocupacion por Magdalena.

Debemos confesar, sin embargo, que la jóven merecia en parte las alabanzas que la prodigaban. Era hermosa, aun más estremadamente hermosa; y como poseía memoria é inteligencia, habia adquirido una instruccion y unos talentos notables para su edad. Magdalena acababa de cumplir diecisiete años.

El marqués de la Lande, tio del jóven á quien Simona acababa de saludar con el título de conde, habia conocido al alquilador de carruajes cuando este ejercia todavía este trato. Mr. Mercier le proveia entonces el lujo del coche, no permitiéndole su limitada fortuna sostener uno propio. Ahora el marqués frecuentaba la amistad de su antiguo proveedor, bajo el sistema de igualdad, hallándolo dotado de sólidas cualidades. Es verdad que esta familiaridad ocultaba en el fondo algo de astucia, pues el marqués hallaba muy á propósito la hija de

Mr. Mercier para su sobrino, á quien amaba mucho.

El conde Julian de la Lande no poseía sino 12,000 francos de renta; Magdalena tenía un doble por su padre, sin contar con que sería un día la heredera de su tía Louvet, poseedora de 24,000.

(Se concluirá.)

JOAQUINA DE CARNICERO.

MODAS.

Correo de señoritas.

No hay nada tan seductor como la gracia.

Reporta inmensas ventajas sobre la belleza.

Esta inspira la admiración; aquella seduce llevando en pos de sí la simpatía, y al paso que la hermosura se marchita, la gracia permanece.

La moda me ayuda en este momento para adornar graciosamente á mis lindas lectoras, porque cuanto puedo ofrecerles lleva el sello de la más graciosa distinción.

Ensayad el lindo sombrero *Alexandra*. El casquete es de paja, y el ala clara guarnecida de tül encaje negro, con *fanchon* escocés. Los lados cubiertos de tafetan negro, y por encima una mazorca de verdura, recuerda los matices verde y azul del *fanchon* escocés.

El bajo es de tul de ilusión trapeado sobre las mejillas y también en el interior donde se ostentan violetas rodeadas de linda verdura; bridas y bavolet de tafetan negro.

Otro llamado *princesa*, de crespón malva, adornado por encima de tul cubierto de perlas blancas, cuyo adorno, dispuesto en forma de nudo, lo rodea una franja de plumas terminada por gotas de agua. El interior es de tul malines, los lados plegados. Así se dispone para señoritas jóvenes. La aureola se extiende en forma de abanico, en donde se coloca un grupo de botones de rosas rodeadas de musgo. Las bridas de tafetan son muy anchas y recortadas.

El sombrero *Fiamina*, de data reciente, ha obtenido un grande éxito entre las elegantes y las ricas extranjeras que se hallan en París. Es un modelo que sienta á las mil maravillas, pero es un sombrero de campo cuyos bordes

hendidos de cada lado hacen el efecto de dos alas, formando dos cañones en la abertura. El borde ribeteado de terciopelo punzó, y el sombrero es de paja color natural; después grandes bridas de tafetan negro con cabos muy caídos. Por delante lleva una col de encaje negro bordado, la que puede reemplazarse por un *pouff* de plumas negras. Cualquiera de estos dos adornos se sujeta con dos presillas de terciopelo encarnado. Un velito cortado espresamente para este modelo completa el sombrero *Fiamina*, deliciosa creación dirigida á todas las bellas.

Encaminad vuestros pasos las que imponeis los modelos fantasistas y encantadores del buen gusto hácia la *Courone Royale*, clasificada por el voto del gran mundo parisien como la flor y nata de lo más selecto. Esta casa se halla constantemente en conexión con las señoras Noel. ¡Qué maravillas en lencería íntima y de vestir! ¡Qué lujo de encajes y de magníficos bordados!

Almohadas en fina tela de Holanda con soberbias guarniciones de toda belleza; camisas, enaguas, chambras de tal finura y detalles imposibles de describir. Peinadores tan pronto guarnecidos de ricos encajes de Valenciennes, como de lazos ó con camail igual; algunos con transparentes de color. Las enaguas ofrecen como los peinadores un golpe de vista que arrebatara. Las gorras, llenas de graciosa coquetería, están arregladas para acompañar á los peinadores.

¿Y qué diremos de los pañuelos? Igual finura y riqueza. Hay además gran cantidad de objetos ingeniosos que hacen honor á las señoras Noel. También tiene confecciones la *Courone Royale*. Adopta los cuellos, las pelisas, los paletots y los echarpes de estío, dando á cada modelo el sello que puede rejuvenecer, y el adorno que le conviene.

Hace unos cuantos días que sueño con los trajes de niños, ejecutados por *Mme. Pauline Royer*. Han sido renovados todos los modelos, y la aparición de una encantadora serie de trajes bordados atrae á las madres elegantes que se surten en esta casa.

Estas *toilettes* son de piqué blanco, tejido de primer orden, tan fino que es casi ligero.

Un traje blanco parecía estar guarnecido

todo de cuero, y á pesar del poco partido que se saca de este adorno era encantador.

Mas no es esto solo. El bordado que figura yerba se ejecuta con trencillitas, y el resultado que dá, jamás se obtiene con el cuero.

Los cuerpos son graciosísimos; dos formas se disputan la preferencia. La cintura *postillon*, que descende en grande aldeta por detrás, imprime al talle de las niñas de siete á ocho años toda la distincion imaginable. Hay otro cuerpo con tirantes y muy gracioso, llamado *Frezzolina*.

Los trajes á yerbas se hacen en todos colores; piqué blanco con encarnado, y sombrero de paja de Italia guarnecido de *mignonnete* (clavel pequenito) en terciopelo punzó. Dos *pouffs* sobre el delantero, y otros dos un poco más atrás representan un conjunto encantador.

Tambien hay en casa de *Pauline Royer*, enaguas y pantalones de niña en nansout muy claro, teniendo por guarnicion un borde plegado á la mano, sujeto por un hies de donde sale un encañonado.

Los niños llevan blusas americanas de un corte nuevo, tienen dos bolsillos por delante y otro en el lado; la cintura es de tela. Generalmente se hacen en paño ligero ó en piqué. Cuello derecho con picados sobre el paño, ó cuello vuelto, que sienta aun mejor que el derecho. Los pantalones se detienen á la altura de los llamados marineros, y tienen la misma anchura. *Mme. Pauline Royer* tiene tambien lencería de un gusto esquisito para acompañar las *toilettes* de niños y niñas. Asimismo para trajes de primera comunión.

Una respuesta sobre los velos de novia. Deben colocarse siempre á lo *judia*, cayendo sobre el rostro, y sin levantar durante la ceremonia.

Meditad ahora todo esto, queridas lectoras, en tanto que yo me ocupo en daros motivo para continuar meditando, y poniendo á prueba la habilidad de vuestras modistas.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

1.^a Figura. Vestido de foulard gris sembra-

do de florecitas verdes. Pardesus de *fage* (tela de seda) negro, ancho por delante y entallando por detrás. Mangas largas con vueltas. Cuello pequeño.

El adorno se compone de una banda de pasamanería con un guipur estrechito al borde, baja formando punta en los delanteros y el costado, adorno de igual género en las mangas y en los bolsillos. Sombrero de tul blanco fruncido, bavolet de blonda, mazorca de verdura en lo alto y cintas de terciopelo verde para completar el ornamento. Aureola negra para llenar el hueco que queda sobre la frente, bridas blancas, cuello y mangas bordadas.

2.^a Figura. Vestido de piqué inglés, color cabellos de la reina, cuerpo montado que cierra en el pecho con botones dorados. Hombreras de tafetan bordadas con hilillo de oro, y un fleco de lo mismo á cada extremo. Mangas de codo, repitiéndose igual adorno en los puños. El bajo de la falda está guarnecido de medallones puestas de distancia en distancia, y bordados en el mismo género. Tambien puede hacerse este adorno en pasamanería; cuello y mangas bordadas, gorra *María Stuart*, que forma punta sobre la frente, descendiendo en grandes caidas por detrás. Es de guipur ligero con cintitas de terciopelo que pasan entre las puntillas, dejándolas ligeramente fruncidas. Grupo de violetas sobre la frente.

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS.

Si las penas que cada sér lleva en el alma pudieran salir al rostro, afeándolo como las viuelas, nos horrorizaríamos cada vez que nos encontrásemos á alguno.

Mucho cuidado tienes de no romperte una pierna, ni un brazo, y nunca te cuidas de no romper el corazon, siendo así que una vez roto no tiene cura.

ROGELIA LEON.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 3, principal.